Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

92 **Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información"**



Suplemento especial de
Página|12

JUAN DOMINGO QUIROGA Y JUAN FACUNDO PERÓN

Me permitiré una osadía (tal vez una más, otra de tantas, tal vez otro error, otra innecesariedad, pero yo la necesito): pienso comparar el discurso de Perón del 21 de junio con las impecables modalidades que diseñan la personalidad de los grandes líderes. Y los errores a que ellas los condenan. La omnipotencia suele perderlos. Se creen más que la Historia. O por encima de ella o su encarnación. En los dos casos, invulnerables. Detengámonos en el *Facundo* sarmientino.

También puede interpretarse *Facundo* como una historia de amor. Si Sarmiento no se hubiera enamorado de Quiroga, su libro carecería de la grandeza que nadie le niega, que tiene. Pero así –extrañamente– fue. Nada lo hacía esperar. Sarmiento ni siquiera tiene a Facundo como su principal objetivo. Busca apuntar a Rosas, ya que es su gobierno el que hay que derrocar. Toma a Facundo como excusa para demostrar la irrecuperable barbarie de los campos argentinos. Sabe, también, como escritor formado en el historicismo romántico, que Quiroga es la figura más americana de la Revolución, tal como lo dice. Quiroga derrocha todo lo que se necesita para hacer un libro lleno de peripecias. Batallas, coraje extremo, pelaje desbordante, un moro brujo, suele ser cruel o generoso, así es de arbitrario, de impredecible, se escapa de una cárcel y mata –él solo– a catorce hombres, persigue a Severa Villafañe porque su sexualidad es poderosa, enfrenta al General Paz, a la Civilización; reproduce, en la pampa, las modalidades árabes de guerra, vive un tiempo no escaso en Buenos Aires y se vuelve elegante, se viste en lo de Dudignac y Lacombe, juega a las cartas; Encarnación Ezcurra cuida de su fortuna; Rosas le encomienda una misión, parte, arregla el conflicto y regresa para encontrar la muerte en Barranca-Yaco. No es como Rosas, que hace el mal sin pasión. Quiroga es un torbellino de fuego. Una pasión que no cesa. Sarmiento, lejos ya de tratarlo como a un gaucho bárbaro y salteador, le toma respeto, lo ve inmenso, es eso que Hegel llama el individuo histórico universal. Ese en quien se encarna la historia. Y este enamoramiento le entrega al libro su seducción. Sarmiento quiere una patria sin Quiroga, pero Quiroga lo deslumbra. Sarmiento quiere la razón, pero la pasión, el desborde o la quietud santa de los llanos lo seducen. Quiere lo apolíneo, pero Quiroga vive entre deslumbramientos dionisíacos. Quiroga, gran enemigo de la razón colonialista occidental, le revela a Sarmiento la otra cara de esa vía que él ha elegido. Quiroga es el *otro* sentido. El sentido lateral. El que fue derrotado, pero –al aniquilarlo en lugar de integrar su dionisismo, al negarlo en totalidad, al instaurar un significante único– el triunfo resulta pobre. Ni siquiera le entrega a esa razón del Occidente europeo un matiz diferenciado, un sentido propio, lateral al del "tren del Progreso". Sarmiento se enamora de la cara que ha decidido matar. Era parte de la suya. Pero, empobreciéndose, no supo cómo integrarla.

Facundo y Perón se parecen en un punto que es propio, inalienable de los grandes caudillos. La omnipotencia. Perón, en el discurso del 21 de junio, dice: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país". ¿Lo conocía? ¿Quién lo informaba? Recibía una y otra vez visitantes de todo ropaje. Todos le daban su propia versión (interesada) de los hechos. Perón –como le exhibió a Graiver– le daba la razón a cada uno de ellos. ¿Hacía él, por fin, la totalización final? ¿No tuvo con las Fuerzas Armadas otros diálogos más que el lamentable que protagonizó con el coronel Cornicelli, del que se burló, al que llamó "Vermicelli"? Difícil saberlo. Hagamos foco en una sola cuestión. Supongamos que Perón sabía lo que estaba ocurriendo en el país. Había algo que no sabía. No sabía cómo era realmente la Juventud Peronista. "A éstos me los como", se habrá dicho. "Al Viejo nos lo comemos", se había dicho la Tendencia. Un juego entre caníbales. Cuando la Jotapé decía: "Conducción, Conducción, Montoneros y Perón", evaluaba esa consigna como altamente circunstancial. Perón no tardaría en morir. La Jotapé lo heredaría. Sin embargo, aquí hay un punto central: Perón no tenía entre sus planes morir. Si le dijeron que sólo le quedaban seis u ocho meses de vida si tomaba el gobierno, ¿para qué habría de tomarlo? ¿Qué se puede hacer en ese tiempo salvo tirar por la borda el prestigio de toda una vida entre las masas, entre el pueblo que lo quería de verdad? Perón –conjeturo– no se creía inmortal, pero le era difícil creer que se iba a morir. Ningún líder lo cree. Tampoco un líder cree que no habrá de ser obedecido. Una palabra suya es una orden. No admite respuestas ni menos aún cuestionamientos. La única respuesta es la obediencia, acatar y sólo eso. ¿Para qué si no es el líder? Un líder, en suma, cree en el poder absoluto de sus órdenes y en la ilimitada duración de su existencia, porque se cree inmortal. No sólo porque ha de perdurar en los bronces de la eternidad, sino porque no ha nacido quien lo mate. Ni siquiera su propio cuerpo, que suele atesorar en laberintos incognoscibles la paciente patología con que alguna vez –cercana o lejana– nos destruirá. Para colmo, con dolor. De aquí que nos propongamos –brevemente– hablar de la muerte de Facundo Quiroga. Y de la ineficacia de su última orden. Que, al no poder siquiera decirla, decreta entonces su fin. Un líder que da órdenes y no es obedecido debe morir.

Narra Sarmiento el terror que se apodera de la gente de frac en Buenos Aires ante la noticia del regreso del general Rosas, que lleva un tiempo persiguiendo indios por la campaña. Sus adictos lo esperan para proclamarlo Héroe del desierto. Pero quienes le temen corren a sus casas ante cualquier noticia sobre su cercanía, que les despierta pavor. Al verlos en tan penosa actitud, Facundo le dice a su edecán: "¡Este pueblo ha enloquecido!". Sigue Sarmiento: "Facundo había llegado a Buenos Aires, poco después de la caída de Balcarce. 'Otra cosa hubiera sucedido –decía– si yo hubiese estado aquí.' '¿Y qué habría hecho, general? –le replicaba uno de los que escuchándole había–; S. E. no tiene influencias sobre esta plebe de Buenos Aires.' Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: '¡Mire usted! Habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado le habría dicho: ¡Sígame!, ¡y ese hombre me habría seguido!...'" (Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, p. 342/343). Es lo que siente Perón. Quien haya visto *Ay Juancito* habrá observado que Perón, ante una pregunta de Juan Duarte, le dice que él, a la gente, "la inventa". Evita le ha desaconsejado recibir a un sindicalista ferroviario. Perón no tiene dudas. Lo tendrá de su lado con sólo hablar con él.

–Decile que pase.

–Pero, general, la Señora le pidió que no lo recibiera. Es de la contra. De los pesados.

–Decile que pase –Se acerca a Juancito, le pone una mano en el hombro, sonríe seguro y ganador. Dice–: No te preocupes. El tipo llega. Lo hago sentar. Lo dejo hablar un rato. Y después le hablo yo. En menos de diez minutos es peronista. Lo inventé.

EXCURSO: "PREPARARSE PARA MORIR"

Buen compadre de Facundo, Rosas le pide que marche al interior para arreglar algunos conflictos. Su prestigio bastará. En la hacienda de Figueroa le escribe una carta que se hará célebre y se conocerá con el nombre de ese lugar: *Carta de la Hacienda de Figueroa*. Los problemas están en Santiago del Estero y Tucumán. (Ni ahora se llevan bien las gentes de estas dos provincias. Los tucumanos dicen: "Tucumán es el jardín de la República. Lástima el potrero que tiene al lado".)

Facundo vuelve de su misión. Lleva en los pliegues de su chaqueta la Carta de la Hacienda de Figueroa, en la que el Restaurador le dice que no quiere, por ahora, Constitución. Facundo sí; este desacuerdo los separa. Pero, ¿tanto? En la posta del Ojo de Agua un joven le dice que en "las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 355). El propósito es matarlo. El doctor Ortiz, su secretario, hombre doctorado en filosofía, lleno de miedo, que teme morir como cualquier mortal y acaso algo más, lo insta a huir, a salvarse. Facundo, furioso, responde: "No ha nacido todavía –le dice con voz enérgica– el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba (...). Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre, para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 355). Ordena a la galera que continúe. Santos Ortiz es posesionado por el terror. Vamos al cine:

Santos Ortiz: Una orden suya puede salvarnos, general. Ordene el regreso. Ordene que esta galera se desvíe. Que se aleje, que deje de precipitarse hacia Barranca-Yaco. Hacia nuestro final insensato. Una orden. Por Dios se lo pido. Una orden.

Facundo: Tendrá esa orden, secretario. Cuando aparezca esa partida, el general Quiroga va a dar una orden. Otra más. Una orden y esa partida se pondrá bajo mi mando. Créame.

Santos Ortiz: ¿Y si no es así?

Facundo: No le miento, doctor. Voy a dar esa orden.

Santos Ortiz: No me refiero a eso. ¿Y si no lo obedecen? ¿Y si usted da la orden y no le hacen caso?

Facundo: Nunca me pasó eso. Siempre que di una orden fui obedecido.

Santos Ortiz: Insisto, general: ¿y si no es así? Si esa partida, allí, en Barranca-Yaco, lo desobedece, ¿qué pasará entonces?

Facundo: Nos matarán, claro. ¿Qué otra cosa podría pasar? Un general que da órdenes y ya no es obedecido debe morir. (*serenamente.*) Moriremos, doctor.

Santos Ortiz: Un general es obedecido por sus tropas, pero no por sus enemigos. Y esa partida, esos hombres que nos esperan allí, en Barranca-Yaco, son sus enemigos. Han sido también impulsados y pagados por sus enemigos. Y ellos lo odian. No se pondrán bajo su mando. No se engañe. Ningún general es obedecido por sus enemigos. Ni siquiera usted.

Facundo: ¿Qué pasa, doctor? ¿Ya no confía en mí? ¿Ya no soy el general Quiroga, el Tigre de los Llanos? Yo no mando sobre aliados o enemigos. Mando sobre los hombres de esta tierra. Sobre los paisanos, los gauchos. Y si ya no es así, si esa partida no se paraliza por el pavor de mi nombre, por mi historia y mi leyenda, entonces será mejor que me maten (...). Porque si el general Quiroga no puede dominar a una partida de gauchos ya no es el general Quiroga. No voy a demorar en averiguarlo. Cuando enfrentemos la partida, me voy a asomar por esa ventanilla y voy a preguntar quién está a su mando. Si escucho una respuesta sumisa, temerosa hasta la humillación, sabré que todavía soy el general Quiroga. Si escucho un pistoletazo sabré que ya no lo soy y que la historia reclama mi muerte (J. P. F., *El último viaje del general Quiroga* en *Escritos para el cine*, Punto Sur, Buenos Aires, 1988, pp. 193/194).

Santos Ortiz le señala las enormes diferencias que hay entre ellos. El es un hombre pequeño, lleno de miedo. La historia no reclama su nombre. Morirá por nada. En cambio, Facundo se tutea con la grandeza.

Santos Ortiz: Esta muerte cerrará su destino. Lo cerrará con la terrible belleza de las grandes tragedias. Se conmoverá el país. Alguien lo vengará. Rosas, sin duda. Los grandes poetas escribirán sobre usted. Sobre su destino y su muerte. Esta muerte a la que usted va en coche. Esta muerte que cerrará la epopeya de su vida. De la suya, no de la mía (...). Su muerte será una tragedia. La mía sólo una muerte, una muerte más, una nota a pie de página en los libros que narrarán su historia. Huyamos. Aún es tiempo. Por favor, sálveme.

Facundo: ¿Salvarlo, de qué? Sea sincero, hombre. ¿A qué le tiene tanto miedo? ¿A morir? Todos morimos alguna vez. ¿No era eso la filosofía? Prepararse para morir. ¿Tan mal aprendió filosofía, doctor? ¿Tan mal se ha preparado para morir? (J. P. F., *ob. cit.*, p. 195).

El primer diálogo que mantienen Facundo y Santos Ortiz, no bien abandonan la Hacienda de Figueroa, gira en torno de la filosofía. De aquí que Facundo, en este instante extremo, le recuerde que su conducta no se compadece con lo que ha estudiado. Ese primer diálogo es el siguiente: Santos Ortiz le ha arrojado un reproche duro que cristaliza en una frase que a Quiroga le suena sonora, altisonante. Que no se puede viajar así, dice Ortiz, sin escolta, "insolentándose con la muerte". Facundo le elogia la frase.

Facundo: Y dígame, ¿se puede vivir de otro modo? Yo siempre viví así. Insolentándome con la muerte. Si uno le agarra respeto a esa vieja y despiadada señora, se le mete el miedo en el alma. Y entonces sí: está perdido.

Santos Ortiz: Yo estoy perdido, general. Siempre lo estuve. Siempre tuve miedo a morir. Y contra eso de nada me sirvieron mis estudios, mis títulos. O la sabiduría de los griegos.

Facundo: ¿Y qué decían esos señores?

Santos Ortiz: ¿Los griegos?

Facundo: Los griegos.

Santos Ortiz: Hay que prepararse para la muerte, decían. A esto le llamaban *filosofía*. La Ciencia y hasta el Arte de prepararse para morir.

Facundo: ¡Pero claro! Siempre se me olvida. Usted es un filósofo.

Santos Ortiz: Doctor en filosofía. Sólo eso (...). Apenas un hombre que estudió esa ciencia. "Filósofos" eran Sócrates, Platón, Aristóteles.

Facundo: Y ellos... ¿aprendieron a morir?

Santos Ortiz: Sócrates murió con honor.

Facundo: Ajá. Conozco esa historia. Y dígame, ¿qué es la filosofía?

Santos Ortiz: ¿De veras quiere que hablemos de eso? (*Facundo asiente con entusiasmo. Ortiz vacila. Luego*). Bien, la filosofía se ocupa del principio y origen de todas las cosas.

Facundo: De eso se ocupa la religión, doctor. No mezclemos lo que no debe mezclarse.

Santos Ortiz: ¿Quiere otra definición?

Facundo: Otra.

Santos Ortiz: La filosofía estudia las leyes de la Razón. Busca el ordenamiento racional de la sociedad.

Facundo: ¡De eso ya se ha ocupado Rivadavia y mire los desatinos que ha hecho!

Santos Ortiz: Entonces, lo que decían los griegos. Prepararse para morir. Eso es la filosofía.

Facundo: Eso es el miedo. (*Casi abandonando la conversación. Desilusionado*.) Creo que los filósofos son unos cobardes. Debió haber estudiado otra cosa, doctor (J. P. F., *ob. cit.*, p. 177.)

EXCURSO II: PERIODISTAS Y EMPRESAS

Estos textos forman parte del film de Nicolás Sarquís, *Facundo, la sombra del tigre*. Tuvo muchos altibajos. Sarquís había empezado con Daniel Moyano. Nos llamó luego a Dodi Scheuer –excepcional guionista– y a mí. Cada uno eligió una parte del guión, pues el film duraría 4 horas. Yo elegí escribir lo que publiqué luego como *El último viaje del general Quiroga.* La vida tiene muchas vueltas. Sarquís profesaba una muy vieja amistad con Carlos Menem. Yo podía comprenderlo, pero eso empezó a distanciarnos. Luego yo lo quería –¡sí o sí!– a Ulises Dumont para Santos Ortiz. Hablamos de 1991 y 1992. No, puso a un actor, fallecido ya, pero que no fue de mi gusto. Lito Cruz haría Facundo. Le dijimos nuestro criterio. No habíamos hecho hablar a Facundo "a lo riojano" porque no queríamos y estábamos ciertos de arriesgarnos al ridículo. Sarquís y yo decíamos muy seguros: "¿Quién mierda escuchó hablar alguna vez a Facundo?". El viaje en galera al muere (se notará el guiño al poema de Borges) me sedujo fuertemente, sobre todo porque Santos Ortiz era doctor en filosofía y eso daba para mucho. Pero Sarquís se cortó solo. Inventaron con Lito Cruz un lenguaje para Facundo que nunca

supe qué era, pero que no se entendía mucho. Para un guionista oír sus diálogos distorsionados es terrible. Lito es un gran actor. Pero como cualquiera de ellos –como Laurence Olivier o Dustin Hoffman– si se pasa de cuerda se va a la mierda. Nos peleamos con Sarquís. No me invitó ni al estreno. No sólo eso: me puso como "colaborador", no como "guionista". El solo se puso como guionista. Daniel Moyano, Scheuer y yo éramos sus colaboradores. Sarquís era, de todos modos, una personalidad compleja y hasta trágica. No lo recuerdo mal. Trabajamos muy fuertemente. Estuvimos muchas veces en Barranca Yaco. Digo esto porque me enteré de que cierto periodismo cloaca de la ciudad de Córdoba ha instrumentado burlas sobre mí porque puse "localidad de Barranca-Yaco" en el capítulo anterior y se trata de un paraje. Miren, escribas a sueldo de sus patrones, no sean burros. Sinónimos de "localidad": lugar, sitio, paraje, puesto, punto, ámbito, plaza. Y si le puse localidad es porque Barranca-Yaco es más que eso. Es un enorme espacio de la historia argentina en que ocurrió un acontecimiento decisivo, enorme. Así que lo de "lugar" se lo guardan. Discutan mis ideas, no mis posibles inexactitudes geográficas. Que, además, no lo son. ¿Conocen el *Facundo*? ¿Lo han leído de cabo a rabo, decenas de veces como yo? A callarse, muchachos. Díganles a los que pagan sus sueldos y les entregan su ideología que ataquen a otros. Mala época para la verdad. No se expresan ideas. No se busca la verdad, sea cual fuere. Se expresan apenas los intereses económicos de las empresas para las que los periodistas trabajan. Hasta los movileros son grandes ideólogos. Describen algo y –por el mero tono de sus voces– uno ya sabe lo que quieren que creamos. Se vive una guerra de los grandes medios contra un gobierno. Uno ya sabe que no va a leer noticias, sino una *organización* de ellas para producir un efecto determinado, uno que erosione al gobierno que busca reducirles su poder. Lo peor, como si todo esto fuera poco, es que han florecido cantidades de periodistas lacayos, sin moral, coyunturales y monetaristas, que usan la guasada o el ataque contra personas que no conocen porque no conocen nada, porque son analfas, recienvenidos a los que les dan un micrófono y les dicen que ataquen a todo lo que se oponga a los intereses de la patronal que, esos sí, los conocen bien. Ni hablar de las "estrellas" que sencillamente han incursionado en una obsesividad beligerante poco menos que patológica. En fin, durará tan poco que cuando estos textos sean editados como libro tendré que tachar este párrafo por viejo.

"TUVIERA AQUÍ MI CUCHILLO"

Un excepcional autor, David Peña, que defendió a Juan Facundo Quiroga por primera vez en unas memorables conferencias que dio en la Facultad de Filosofía y Letras en 1903, narra también la muerte de Facundo: "El general duerme. El doctor Ortiz resuelve despertarlo. El sueño ha tonificado a aquel hombre, sobre quien se fijan ahora los ojos del secretario como nunca se fijaron. Transmítele cuanto acaba de saber y le formula un consejo. Quiroga lo calma con su influjo extraordinario, como César al barquero: *Quid times? ¡Cæsarem vehis!* (David Peña, *Juan Facundo Quiroga*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, p. 207). Esta frase, parezca o no creíble, se la dijo Carlos Menem a los funcionarios que lo acompañaban en momentos en que el avión presidencial entró en una zona de temible turbulencia. Todos se encomendaban a Dios. Prometían devolver las riquezas malhabidas. Ser honestos si la Providencia les concedía otra oportunidad. De pronto, aparece Menem. Mira a todos y dice:

–¿De qué tienen miedo? Viajan con el César y su estrella.

Lo de la estrella lo añadió él, no fuera ser que alguien creyera que no era *más* que el César y tenía más elementos para protegerlos. Pero es un dato formidable para analizar la personalidad del caudillo. Menem lo era. El caudillo (que se cree César o Napoleón: Menem leía una biografía de Napoleón cuando estaba preso, tal como si su prisión fuera la de Santa Elena), está seguro de su destino excepcional. Ese destino lo protege de la muerte. Y hasta acaso lo torna inmortal. O le impide creer que él –como todos los restantes y pequeños mortales– morirá alguna vez. Tanto cree David Peña es la estatura histórica de Quiroga que lo entreteje con las tragedias de Shakespeare: "Hay cierto movimiento de ramas apretadas y casi se reproduce la sensación dantesca de que los árboles tienen formas humanas. "Macbeth sólo morirá cuando el monte ande, contestaron las brujas" (Peña, *ob. cit.*, p. 207). Incurre en el lugar común de atribuirle el asesinato a Rosas: "¡Rosas, el verdadero autor de la muerte de Quiroga!" (Peña, *Ibid.*, p. 209).

Sarmiento narra la muerte de Quiroga con sobriedad; ya el hecho es, en sí, desmedido: "Quiroga entonces asoma la cabeza, *y hace, por el momento, vacilar a aquella turba*. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga '¿Qué significa esto?', recibe por toda contestación un balazo en el ojo que le deja muerto" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 358. Cursivas mías). El que ha hecho fuego es Santos Pérez. Dialécticamente debiera suceder a Quiroga como caudillo de las masas del interior. Lo absoluto siempre busca dónde encarnarse. Aquí, ¿dónde si no en el hombre que se atrevió a matar a Quiroga? Santos Pérez no carecía de méritos. "Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad, por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 359). Pero la racionalidad histórica (lo absoluto) debe compadecerse de las particularidades. Santos Pérez era incapaz de ser la superación dialéctica de Facundo. Y Sarmiento (que cree en la dialéctica por haber leído a Victor Cousin) explica por qué. Lo hace en un texto deslumbrante: "Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino" (*Ibid.*, p. 360). ¡Qué fuerza tiene esta frase! Qué escritor era Sarmiento. Cuánto admiraba a Facundo. Para ser como él, confiesa, hay que tener miras elevadas, no cualquiera es su "digno rival". Y hasta a Santos Pérez le rinde su homenaje. ¿Qué quiero demostrar? ¿Por qué –aparentemente– me desvié de la historia del peronismo? No me desvié de nada. Quiero proponer que la superación de la antinomia Civilización y Barbarie, que es la que postula fundacionalmente Sarmiento, está resuelta en su mismo libro. Que lo deslumbra más Facundo que cualquiera de sus amigos unitarios, ya se sabe. Pero vayamos más allá: todo el libro es la trama superadora de la antinomia que propone. A menudo, esa superación se ve claramente, se torna explícita. Notemos cómo narra la llegada de Santos Pérez a la Casa de Gobierno de Buenos Aires. Una gran muchedumbre se había reunido para esperarlo. "A su vista gritaba el populacho: ¡Muera Santos Pérez!, y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: 'Tuviera aquí mi cuchillo'" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 361). ¿Se dan cuenta? La mezcla de narración y ensayo. Y el lenguaje fiel, no naturalista, pero expresivo, auténtico. Sántos Pérez no dice: "Si tuviera aquí mi cuchillo". Sarmiento no culteraniza a nadie. No teme a las expresiones del vulgo. Así, Santos Pérez dice ese formidable: "Tuviera aquí mi cuchillo".

De acuerdo: el sanjuanino busca demostrar que ese populacho de Buenos Aires es el que Rosas domina. Y que éste –el verdadero asesino– llevará a Santos Pérez al cadalso para lavar sus manos ensangrentadas. Sin embargo, no se pronuncia. Espera, dice, el juicio de la "Historia imparcial". No hay historia imparcial. Pero no vamos a entrar aquí en eso. El tema es: el creador de la antinomia que estructura a este país vivió subyugado –en la escritura de su obra maestra– por el objeto de su odio. Al que nunca pudo odiar porque, como artista, le seducía como nada lograba hacerlo en el país blanco, sajón, que ilusionaba construir. ¿Cuánto más rica habría sido nuestra historia si una verdadera síntesis superadora (la que aparece en estos textos de Sarmiento) hubiera contenido a los dos términos del antagonismo dialéctico? Aquí apenas podemos sugerirlo, mencionarlo. Sólo esto: la historia argentina es una historia cercenada porque es la historia de un cercenamiento. Es la historia de la masacre del federalismo (del gauchaje de las provincias) y de los indios de la Patagonia. Sarmiento fue a la vez nuestro mariscal Bougeaud y el teórico del pacto neocolonial. Mitre, sin su talento, sólo fue el jefe de la llamada "guerra de policía". Sarmiento, además, es el que nos muestra la grandeza de los caudillos y hasta de los gauchos malos, que tan bien describió, es el que nos hace decirle: "Si tanto los admiraba, ¿por qué permitió y adhirió cruelmente a la masacre que se desata después de Pavón? ¿No había lugar para ellos en 'el tren del Progreso'? Y si no lo había, ¿no era fascinante conservarlos para permitirles desarrollar un *sentido lateral, diferenciado, enriquecedor*, al de la política de Buenos Aires?". Sarmiento se habría reído: "El general Quiroga sirve para hacer un buen libro, lleno de furia, de colores y aromas de la pampa. No para hacer la República del Plata. Siempre hubiera luchado contra ella. Es cierto: eran fascinantes, pero eran el pasado. Tenían que morir".

Habrá que desarrollarlo mejor (y algo intenté en el *Prólogo* a la reciente edición de *Facundo* de la Universidad Nacional de Villa María), pero poco aportó el tecnocapitalismo occidental a los países de la periferia como el nuestro. La razón occidental fue la que impuso Buenos Aires. Arrasó, como en todas partes, con la identidad de los territorios que conquistaba. Sólo dejó en pie a la elite, que era su socia en la conquista colonial. Lo hacía en nombre de un Progreso que nos igualaría a las naciones centrales. Nunca ocurrió. Perdimos, en cambio, el sentido lateral que el federalismo expresaba ante el rumbo inexorable de la razón de Occidente. Gracias a ella el mundo está hoy donde se encuentra: al borde un apocalipsis. Y América latina supervivió en el atraso y la pobreza. Este mundo –tallado por la razón tecnocapitalista– presenta hoy la más inmensa cantidad de hambrientos de toda la historia universal. La historia en tanto catástrofe del Angel benjaminiano ha tenido lugar. Pronto ni los muertos estarán a salvo. (*Nota*: Algo más a los periodistas cordobeses que se burlaron alegremente porque llamé a Barranca-Yaco "localidad" y no "lugar". Díganme: ¿por qué la Universidad de Villa María –que está en la provincia de Córdoba– no les pidió a alguno de ustedes, que tanto saben sobre Barranca-Yaco, el Prólogo a la edición de *Facundo*? A callarse, charlatanes.)

¿QUÉ ES LA CONTRAINSURGENCIA?

Luis Mattini es uno de los pocos militantes de los años '70 que se atreve a revisar el pasado, a seguir escribiendo con ese fin, ensayos o novelas, todo en función de un cuestionamiento que no cesa, de una conciencia crítica que lo mantiene lúcido y a la vez necesario. Mattini fue su nombre de guerra en el ERP. Lo ha hecho su nombre de trabajo en la literatura. Muerto Santucho, en 1976, es él quien lo sucede, quien se pone al frente de la conducción del PRT-ERP. Escribió ya varios libros: *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y *Los perros*, que tiene dos tomos. Ahora acaba de publicar una novela: *El secreto de Lisboa*. En un reportaje que le hace Silvina Friera responde algo que vamos a tomar como punto de partida para estudiar lo que nos proponemos: la contrainsurgencia. Silvina (con una frescura típica de una generación posterior que confiesa su dificultad para entender algunas cosas de los luchadores de los '70 y que hasta, con sincera tristeza, lamenta no poder hacerlo) le pregunta al sucesor de Santucho: Ud. muestra a una generación consciente de la situación que atravesaba el país, "pero al mismo tiempo muy ingenua. ¿Había espacio para la ingenuidad?". Lo que pregunta es –en el fondo– la pregunta del millón: *¿En serio ustedes pensaban que podían derrotar al ejército argentino*? "Recuerdo (dice Mattini) que una vez me preguntaron en una entrevista si creíamos en serio que íbamos a derrotar al Ejército. 'Por supuesto, cómo no lo íbamos a creer', les contesté. En esta convicción la Revolución Cubana fue clave, y a eso sumale el hecho de que los vietnamitas habían derrotado a tres imperios: los japoneses, los franceses, los norteamericanos. Vivíamos en un mundo donde los movimientos revolucionarios triunfaban y se avanzaba hacia el socialismo. Lo que nosotros no veíamos era la parte negativa. No quisimos ver al Che derrotado en Bolivia, mirábamos al Che de Cuba. Pero cuando murió el Che en Bolivia, su muerte se tornó un desafío (recuerden la terrible frase del Che en el mensaje a la Tricontinental: '*En cualquier lugar en que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria', La revolución, escritos esenciales,* Taurus, Buenos Aires, p. 95, y Perón respondía: "Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica (...) Era uno de los nuestros, quizás el mejor", Madrid, 24 de octubre de 1967. Mentía Perón. No sentía nada de eso. Lo decía para sumar a la izquierda. Para sumar, siempre para sumar. Hasta que la bomba de la imprudente sumatoria le estalló en las manos, liquidándolo, J. P. F.), había que recoger (sigue Mattini) literalmente el fusil del Che. Yo quise reflejar cierto grado de ingenuidad que teníamos. Me pregunto: si hoy apareciera un Che Guevara, ¿habría alguien dispuesto a seguirlo?.. Silvina pregunta: "¿Cuál sería la respuesta?". Mattini, sincero, responde: "Soy muy escéptico". (*Nota*: Suerte con tu novela, Mattini. Es bastante cierto, y a mí me pasa, que "la ficción es mucho más convincente que el ensayo". No siempre. Pero *casi* siempre. Lo que ocurre con la ficción es que exige un trabajo mayor con el lenguaje, con el estilo, con el aire del texto, su respiración y, para mí, sobre todo con su musicalidad. Que tu prosa redondee como un Improntu de Schubert. No te exijas menos. Además, creo que tu novela la presentó Germán Ferrari, que es un gran tipo de la nueva generación. Y el afortunado marido de mi hija. Como ella es su afortunada mujer.)

Pero los guerrilleros de los sesenta y los setenta no eran sólo ingenuos porque no valoraban el poder de fuego del Ejército. Miguel Hurst, en una nutrida reunión de la Jotapé, había dicho: "Ojo, compañeros, el Ejército no se puso todavía en serio contra la guerrilla". Pero había un resorte mítico que motorizaba a los guerrilleros: *la voluntad revolucionaria*. La voluntad lo podría todo. Hasta podría vencer los muros más imposibles de la realidad. También el Comandante Guevara era el héroe de esta imprudencia fatal. Escribe Osvaldo Bayer: "En enero de 1960 –hace ya más de un cuarto de siglo– en La Habana, junto a otros catorce periodistas, sindicalistas y profesores argentinos, escuché de labios de Ernesto 'Che' Guevara la teoría foquista revolucionaria y su aplicación en la Argentina (...). Escuché todo en silencio. Pocas horas antes había estado con Rodolfo Walsh, por ese entonces en Cuba, quien ya apuntaba lo que para él era la única solución. Las dos veces me invadió ese mismo sentimiento que los alemanes llaman 'mit-leiden' ('sufrir-con', padecer-con y no 'compadecer'). Es decir, algo así como una desesperación interior, un conmoverme por adelantado por algo que podía ocurrir con quienes estaban por sacrificar sus generosas vidas en una lucha *en la que iban a ser barridos por una sociedad corrupta, de una increíble mentalidad fascista* (...). Veía que estaban equivocados en sus métodos pero no tenía yo ninguna solución en el bolsillo del chaleco, ni regla maestra, ni antecedentes de luchador ni interpretación histórica o sociológica correcta. Al final me atreví a decir algo a Ernesto 'Che' Guevara, que en mí era una necesidad de alertar, un intento de llamar la atención al peligro. Le dije: 'Las fuerzas de represión en la Argentina no son las de la Cuba de Batista. Son muy poderosas y están bien informadas: si no pueden vencer con las policías provinciales, lo harán con la federal, si no pueden con ésta recurrirán a la gendarmería, al ejército, la aviación, la infantería de marina' Guevara me miró y en un tono con algo de noble tristeza me respondió sólo tres palabras: 'Son todos mercenarios'". Este texto –que pertenece a *Rebeldía y esperanza* de Osvaldo Bayer, 1994– lo he tomado deliberadamente de mi ensayo *La sangre derramada* de 1988. ¡Las puteadas que me ligué! Es posible que hubiera debido morigerar algunos tonos. Pero, de ahí a tratarme como a un embaucador



hay un trecho que no debió ser recorrido. ¿Uno nunca tiene una trayectoria en la Argentina? ¿Siempre está bajo sospecha de los niños iracundos o de las jóvenes malas y castigadoras de los reaccionarios encubiertos (pienso en vos, María Pía López)? Está bien, no es el momento. Estamos, creo, bajo la misma causa militante. Pero las injurias del pasado dolieron y a mí me cuesta olvidarlas. No sé qué pasó. A veces pienso que en ese momento estaban filmando en Estados Unidos mi novela *Ni el tiro del final*. Pero no la filmaba Spielberg, sino Juan José Campanella, que, cuando la Columbia le pidió que filmara una novela, él dijo que quería filmar una *novela argentina y eligió la mía*. ¿Saben por qué? Porque *Ni el tiro del final* es una buena novela, se estudie o no en Puan. Sólo por eso. Me habrán creído un "progre exitoso" que se preparaba para la habitual conversión de los intelectuales argentinos. Falso, eso es conocerme muy mal. Hasta a Horacio González –a quien conozco desde 1969– se le dio por condenarme. Eso no me hiere. Horacio puede decirme lo que quiera que siempre lo voy a querer y lo voy a considerar mi amigo. En *El Porteño*, Mario Montalván pretendía con su crítica contribuir a que yo no escribiera más. Te equivocaste, salame. Escribí miles y miles de páginas desde entonces. Y vos, ¿qué hiciste? Bueno, se acabó. *La sangre derramada* fue acaso un libro apresurado, fallido, inmaduro. Pero otros dijeron cosas peores (Oscar del Barco) y los trataron mejor. Ma sí, son las reglas y uno se las tiene que bancar. Ahora, para colmo, los "firmenichistas" de la revista *Repensar* (título algo patético porque, por lo que leí, no "repiensan" nada), han decidido abominar de mi largo, muy largo ensayo sobre el peronismo por una frase sobre Firmenich, que fue largada en el Prólogo algo virulento de este trabajo del que ya mi computer suma 1500 pp. ¿De dónde saqué esa frase? De mi compañera de ideas, de la persona con la que más coincido, con la que me siento respaldado y menos solitario: la brillante y profunda Pilar Calveiro. Pilar escribe que varias versiones "han sugerido que la conducción nacional de Montoneros también estaba infiltrada por los servicios de inteligencia; sólo así se explicaría que en cada circunstancia *haya tomado precisamente las decisiones que conducían en forma más directa al exterminio*. Esas argumentaciones *suponen que Mario Eduardo Firmenich, máximo e indiscutido dirigente de Montoneros, sólo podría haber actuado como actuó siendo un agente doble*, o bien que alguno de *sus* allegados, dentro del reducido número de la Conducción Nacional, entregó la información necesaria para facilitar la destrucción de la organización" (Pilar Calveiro, *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2005, p. 142. Cursivas mías). Es posible que en las dos o tres primeras páginas de este trabajo –escritas a modo de cataratas de conceptos– yo lo haya expresado muy frontalmente, sin analizarlo porque no era el propósito hacerlo ahí. Pero ya será hecho.

Bayer nos muestra al Che lanzando su teoría del foco. La había llevado a Cuba un francesito pedante, Régis Debray. Bien, voy a decirlo: los militantes de superficie de la Jotapé, de la JUP, de todos los grupos juveniles y las organizaciones armadas ignoraban *por completo* el poder del enemigo al que enfrentaban. Ignoraban que en 1959 ya habían llegado a la Argentina instructores franceses en contrainsurgencia. Que habían sido alojados como reyes en la Escuela de Guerra. Que el Ejército Argentino –según es un lugar común decir– no se había formado en la Escuela de las Américas. Que su formación estuvo a manos de los guerreros de Indochina y de Argelia. Especialistas en guerra de contrainsurgencia. *Que entraron con Aramburu, con los militares de la Revolución Libertadora*. Que ya en 1962 el general Osiris Villegas había publicado su manual de guerra revolucionaria comunista.

Nos detendremos un momento aquí. ¿Qué pasaba en 1962? No había guerrilla en la Argentina. Fernando Abal Medina y Firmenich eran jóvenes del Nacional de Buenos Aires. Osiris Villegas ya adoctrinaba al Ejército contra la agresión marxista. Porque hay algo que nunca se entendió, o poco. Las fuerzas armadas eran parte de la Tercera Guerra Mundial, esta guerra era la que llevaba el nombre de *Fría*, pero era mundial y sus zonas calientes estaban en el Tercer Mundo. Para los militares, las llamadas "luchas nacionales contra la dependencia" no eran tales. Eran guerras al servicio del marxismo internacional, enemigo del Occidente cristiano que ellas debían defender internamente. Se sabe: la Doctrina de la Seguridad Nacional. El enemigo era el marxismo. *Los paras franceses no querían quedarse en Argelia por su espíritu colonialista*. No, gran error. Querían quedarse para enfrentar el intento marxista de apoderarse del mundo. Como los norteamericanos en Vietnam. De aquí que el detallado manual de Osiris Villegas centre sus cañones contra el marxismo. El Tercer Mundo no existió para nuestros militares. Era el marxismo, sin más. El ERP y los Montoneros eran lo mismo. Y el peronismo –por su peligro de masas, por la edad avanzada de Perón– era un movimiento explosivo. Podía ser infiltrado por el marxismo, que contaría así con apoyo en las masas.

El general Osiris Villegas muere en 1988. Abre su libro con una cita de Séneca: *Lo que hace la desdicha de los hombres no son las ideas, sino sus actos en torno de las ideas*. Que la cita sea de Séneca o no carece de importancia. Uno puede escribir lo que le convenga y poner un nombre prestigioso debajo. Sólo se trata de tramar cierta verosimilitud. No puedo escribir: *El acontecimiento de las Torres Gemelas inicia el siglo XXI* y poner Séneca. Pero si pongo Alain Badiou o Derrida me lo van a creer. Sólo quiero decir que la cita hay que atribuírsela al propio Villegas. Centraba la lucha en el terreno ideológico, que era, según él, el fuerte del comunismo, siempre dispuesto a colonizar las mentes puras e ingenuas y occidentales y cristianas con la perversa dialéctica de la lucha de clases. El general Villegas es un héroe del establishment. Garantizó la transición de Frondizi a Guido. Fue siempre un *furioso antiperonista.* Algo importante que fortalece el encanto que aún posee el lejano Perón es que todos los cavernícolas, todos los campeones del macartismo furibundo, lo odian. Lo consideran un peligro del avance comunista. Osiris Villegas, como ministro del Interior de Guido, abre la posibilidad de las elecciones del 7 de julio de 1963. Saca chapa de "general democrático". *Es el que lo pone a Illia*. Esto le vale que otros *–aún más cavernícolas que él–* buscaran asesinarlo el 2 de abril de ese año '63. ¿Nos da esto una idea de lo que era el Ejército Argentino? Villegas protege a Illia y se pone como subjefe del Estado Mayor. Algunos ingenuos dicen que Illia lo puso ahí. Illia no ponía a ningún militar en ninguna parte. Ellos lo habían puesto a él en la presidencia y se ponían a sí mismos donde querían. No tenían mayores resistencias para esto.

En 1968 se retira. Pero sigue activo en las tareas de contrainsurgencia y adoctrinamiento. Onganía le pide su inestimable colaboración en el *Consejo Nacional de Seguridad.* Aquí, ya Villegas comienza a diseñar estrategias para combatir los movimientos guerrilleros que empiezan a surgir en el país. No está al frente de esta tarea, pues hay otros que tienen más experiencia que él: los paras franceses. Pero su aporte se valora mucho. Se lo respeta: es un gran soldado de Occidente. ¿Podía este fiel soldado no defender a los suyos cuando la democracia que se instala en diciembre de 1983 comenzara a hostigarlos? No, ahí, como siempre, está él. *Se convierte en el defensor del general Camps* ante el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas. Si ejerce esa defensa es porque está de acuerdo con las metodologías que el general masacrador, que dependía de las órdenes de Ibérico Saint Jean y del abogado Jaime Smart, practicaba con una crueldad que probablemente excedía las órdenes recibidas, que ya eran de un enorme poder vejatorio.

Expuso sus diferencias con el gobierno del doctor Alfonsín, un marxista para él, un enemigo del Ejército y, por tanto, un enemigo de Occidente. Sostenía estos puntos de vista en artículos numerosos que publicaba en el diario *La Nación*. Desarrollaba, en ellos, sus ideas sobre estrategia y seguridad nacional. En su libro de 1962, publicado por el Círculo Militar, desarrolla uno de sus temas predilectos y que debemos estudiar: *La réplica militar a la subversión.* Era el año 1962. Los paras franceses estaban desde 1959. Y el general Ramón Genaro Díaz Bessone (devastadora figura del Proceso abierto en 1976) publica, también editado por el Círculo militar, su libro *Guerra revolucionaria en la Argentina* en 1988. Pero las fechas entre las que encierra esa *guerra revolucionaria* son: 1959-1978. O sea, la lucha contra la subversión empieza en 1959, cuando el general Aramburu recibe amablemente a los torturadores profesionales, técnicos de la "batalla de Argelia", película que, como veremos, sirvió tanto a la guerrilla como a la contrainsurgencia, que la estudió a fondo. En *Réplica militar a la subversión,* Osiris Villegas ya plantea: "El proceso de la guerra revolucionaria es progresivo y relativamente lento; el adversario prepara su organización y sus medios de lucha *en nuestro propio territorio, en el seno mismo de nuestra sociedad y al amparo de nuestra propia incredulidad; recién tomamos conciencia virtual de su poder cuando sale de la clandestinidad y se muestra abiertamente* (...). Cuando las Fuerzas Armadas entran en operaciones, deben incursionar en todos los estratos del Estado nacional para alcanzar al adversario y herirlo de muerte en todos los planos en los cuales éste conduce su guerra" (Coronel Osiris Guillermo Villegas, *Guerra revolucionaria comunista*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1962, pp. 209/210. Cursivas mías). Sin embargo, el que incorpora decididamente la influencia francesa es más Díaz Bessone que Osiris Villegas. Lo de Villegas es formidable para exhibir desde qué fecha se preparaba el Ejército para la lucha antisubversiva. Si bien plantea la "incredulidad" del Ejército y la población, en seguida, no bien la guerrilla sale de la clandestinidad las Fuerzas Armadas entran en acción para *herir de muerte* al adversario. Díaz Bessone va más a fondo. Describe una acción en la ciudad de A. Atribuye a la guerrilla esta frase: "*Si usted desea imponer su voluntad a otro, es menester que él tema por su vida*". Sigue (todavía no sabemos de qué guerra está hablando ni quién es el general M, al que pronto citará): "Al General M se le dio completa autoridad para operar (...), a partir de ese momento se establecieron centros de interrogatorios (...). La acción adoptada en muchos casos fue torturar al sospechoso. El General M declaró: 'La tortura debe ser condenada, pero nosotros quisiéramos saber dónde comienza la tortura'" (Gral. Div. Ramón Genaro Díaz Bessone, *Testimonio de una década*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1996, pp. 34/35. Los artículos que dan forma a este libro –cuyo eje es la necesariedad de la tortura como elemento insoslayable de la tarea de inteligencia, de información– fueron publicados en el diario *La Prensa*). Añade Díaz Bessone: "Esta crónica (...) relata las acciones del Ejército Francés en Argelia a fines de la década de los años '50. El General M es el general Massu, que continuó su carrera y alcanzó la jerarquía máxima antes de retirarse, *como comandante en jefe de las fuerzas francesas en Alemania*. El mayor Kee señala que el ejército de los EE.UU. usó en Vietnam muchas de las técnicas del general Massu. También, dice, las usó el ejército inglés contra el IRA (...). El señor Mitterrand, muy socialista y defensor de los derechos humanos, jamás acusó, ni en Francia y mucho menos en un foro mundial, al general Massu o al Ejército francés por excesos cometidos en Argelia" (Díaz Bessone, ob. cit., p. 35. Todas las cursivas de los textos citados me pertenecen). El que lo hizo fue el filósofo y escritor Jean-Paul Sartre. ¡Ah, Francia, cómo confunden al mundo tantas y tan sanguinarias contradicciones! ¿Qué es Francia, el general Massu o Jean-Paul Sartre? ¿Qué es la condición humana: uno u otro? Y –por favor– no resolvamos tan difícil cuestión diciendo que es tanto uno como el otro. Sigamos ahondando en el tema.

¿Qué es la contrainsurgencia? La gran enseñanza de los franceses en Argelia fue que la contrainsurgencia se basa en la información. Que la información la tiene el detenido, el que, a su vez, tiene la orden de no darla. Por consiguiente, hay que *extraérsela*. Para esta tarea sólo hay un método: la tortura. En suma, *la contrainsurgencia es la tortura.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (II)